

# AHORA

## 1 HALLOWEEN

### STELLA

Reconocería ese ladrido en cualquier parte.

Podría tener ciento seis años y, aun así, reconocería ese ladrido.

Guardo mi cuaderno bajo el almohadón del columpio del porche. Me pongo de pie, voy hacia los escalones y miro la calle que lleva a mi casa, pero no veo nada. Dado que vivo en las afueras de Ashford y el bosque llega hasta la parte trasera de mi propiedad, la gente solo descende por este camino, a menos que viva aquí. De todos modos, no estaba prestando mucha atención a los carros que pasaban, ya que estaba enfrascada en lo que estaba trabajando.

Pero no escucho ni veo nada. Un sendero serpenteante lleva al garaje detrás de mi casa, pero no noté a nadie conduciendo por él.

Suspirando para intentar regular mi pulso, empujo la baranda del porche que me convenció de comprar esta casa hace cuatro años y vuelvo al columpio para sentarme, convenciéndome de que no fue nada.

Debo de estar imaginando cosas. Mi mente me engaña de un modo muy cruel. No sería la primera vez que imagino algo así.

Incluso después de sentarme, mi sangre ruge en mis venas ante el recordatorio de lo que solía tener y la persona que solía ser. No busco

el cuaderno que guardé. Incluso sin intentarlo, sé que la musa ya se ha ido.

En cambio, me siento en la silla, con los brazos alrededor de las rodillas y el oído atento al más mínimo gimoteo, para recapturar de nuevo ese recuerdo dulce, para perfeccionar y precisar lo que había comenzado a desdibujarse.

Lo curioso de los sonidos es que la mente no cataloga lo mundano como si fuera la última vez que lo vas a escuchar. Es fácil para nosotros experimentar un momento y registrar su aspecto y sus sensaciones en un recuerdo, pero los sonidos son los que más rápido desaparecen.

Cuando más lo quieres, cuando está oscuro y te sientes dolorosamente solo, asfixiado por la pesada manta de sus emociones, buscas recordar cómo sonaba alguien o el rugido ensordecedor de una multitud y... se ha desvanecido.

Es como no poder quitar una canción de tu mente, pero a la vez no recordar del todo cómo suena, cómo es la melodía o la letra. Si tan solo pudieras escucharla, tendrías un poco de paz, pero, en cambio, ni siquiera recuerdas lo suficiente como para evocar el nombre.

Daría lo que fuera por escuchar el ladrido de nuevo, sabiendo que será la última vez, para poder registrarlo mejor.

Cierro los ojos, me recuesto contra el columpio que se balancea despacio por cuenta propia e intento recrearlo en mi mente, sincronizarlo con uno de los cientos de recuerdos que han atormentado mis sueños y mi vigilia durante los últimos siete años.

Y luego, sucede.

Lo escucho de nuevo. El ladrido de un perro. Mi pecho se contrae cuando le sigue el tintineo del collar y un gimoteo. Abro los ojos, que de inmediato se llenan de lágrimas mientras observo la vegetación frondosa de mi patio. Mi corazón cae sobre las tablas del suelo cuando no la veo.

Dios, los recuerdos que evoca el sonido.

El dolor.

Me pregunto por un instante si los vecinos tendrán un perro nuevo. Quizás eso es lo que escucho, oculto tras los árboles, el espacio y demasiadas emociones. Si ese es el caso, me pregunto qué efecto tendrá sobre mi siempre frágil estado mental.

¿Me acostumbraré a oír el sonido o lo sentiré como un cuchillo clavado en lo profundo de mi pecho cada vez que una brisa lo traiga hasta mí?

Antes de que pueda pensar en otra cosa (como, no sé, en mudarme a la Antártida, donde estoy bastante segura de que los pastores alemanes no pasan demasiado tiempo afuera ladrando y abriendo heridas viejas), la veo.

Diviso una mancha borrosa negra y café rebotando hacia mí, con la lengua afuera y las orejas hacia atrás. El tintineo de las chapitas de su collar es como música para mis oídos, una canción que no he escuchado en siete años.

Mi cachorra, Gracie.

Casi tropiezo al bajar los tres escalones de mi porche rumbo al camino antes de arrodillarme, cuando ella me alcanza, para permitirle que salte sobre mí y empiece a lamer mi rostro, gimoteando mientras lo hace.

Es ella. Su hocico está cubierto de pelaje canoso y es más grande de lo que recuerdo, pero es ella. O me he vuelto completamente loca y estoy teniendo la alucinación más maravillosa del mundo o, de algún modo, mi perra está aquí, con sus patas sobre mis hombros, derribándose con su entusiasmo.

Mi mente no tiene oportunidad de procesar cómo es posible que esté aquí antes de que un par de oscuras botas color café aparezcan en mi línea de visión, con las puntas gastadas y brillantes y el resto del calzado mate y maltratado. Mis ojos suben mientras mi mano acaricia el lomo de Gracie, y las botas desaparecen bajo un par de jeans viejos que terminan debajo de una camiseta negra entallada y usada, cubierta por una camisa de franela roja y negra.

Mis ojos continúan subiendo, aunque sé lo que veré antes de siquiera llegar allí.

Él luce igual y muy diferente a la vez; tiene la mandíbula más marcada que la última vez que lo vi, pero sus mejillas están menos huecas de lo que recuerdo, cubiertas por una capa delgada de barba incipiente que necesita afeitarse. Sus ojos son del mismo verde brillante que atormentó mis sueños durante años, pero ya no se ven apagados sobre las profundas ojeras causadas por la falta de sueño y el abuso de su propio cuerpo. Tiene un solo hoyuelo en la mejilla y los labios carnosos apenas curvados a un lado. Su cabello castaño claro está más largo y una onda suave roza su mandíbula. La aparta de su rostro con la mano antes de abrir la boca y me doy cuenta de que esto no puede ser una ilusión.

—Hola, estrellita —dice con su voz ronca y grave, y un millón de recuerdos que había enterrado profundo resurgen a la superficie.

Mi mano se detiene sobre el pelaje del cuello de Gracie. Ella empuja mi mejilla con impaciencia, hasta que vuelvo a moverme y a acariciarla detrás de la oreja.

—Riggins. ¿Qué haces aquí? —pregunto, mirando al hombre que no he visto en casi cinco años, si no contamos las revistas y la televisión.

—Vengo a ver a mi esposa —responde, y mi mundo se pone de cabeza.